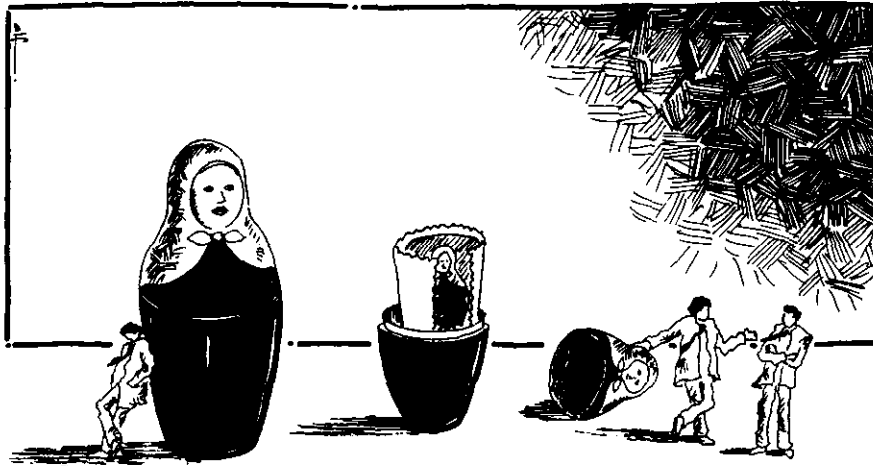


MOSCÚ:

RECUERDOS DE UNA MISIÓN

Ramiro Silva del Pozo



Ser Embajador en Moscú, constituye, sin duda, un privilegio y en cierta medida un reto.

En efecto, gran ciudad siempre, fue conocida antaño como la "Tercera Roma", para diferenciarla de la capital de Bizancio y de lo que, asentada por siglos sobre siete colinas, tiene en la del Quirinal una muestra del poder temporal y en la del Vaticano el símbolo eterno del poder del espíritu.

Moscú más que Leningrado (el anti-

guo San Petersburgo), encaró —a mi juicio—, la Rusia profunda, bastión inexpugnable en el que se estrellaron todas las invasiones, desde la de Batis, (nieto de Gengis Khan), hasta la de Hitler, detenida a treinta kilómetros de los suburbios citadinos. Un sobrio monumento señala el límite del "no pasarán", que la voluntad de un pueblo admirable se impuso como tarea heroica, a despecho de la adversidad.

A finales de 1917 trasládase la capital del nuevo Estado de los Soviets, de San

Petersburgo a Moscú. Son abatidas las águilas bicéfalas, emblema del zarismo, de las torres del Kremlin, para ser reemplazadas por ocho gigantescas estrellas de rubí, que proyectan, desde entonces, su rojo destello sobre el firmamento de la Historia.

Meca ideológica de los que creen que la verdad política y la justicia social se encuentran en los evangelios de Marx, Moscú, es para todos, uno de los dos polos hegemónicos con capacidad para alterar el equilibrio mundial y colocar en la balanza del destino los ingredientes susceptibles de garantizar la paz o desencadenar la guerra. El otro, naturalmente, es Washington...

Mi arribo se produjo a finales de agosto. Desde el avión veíanse bosques magníficos salpicados de lagos. Un verano definido permitía a los soviéticos aligerar su vestimenta y sonreír bajo el sol.

Costumbre ya tradicional, establecida en el núcleo diplomático latinoamericano, es la de hacer que, junto al personal de protocolo, se convoque a los Jefes de Misión de esa área geográfica a recibir al que llega.

Del saludo inicial, en la Sala de diputados del aeropuerto Sheremetievo, arrancan amistades entrañables, que se van consolidando, poco a poco, durante el lapso generalmente apreciable que dura la misión.

En la residencia señalada para el Embajador del Ecuador, —antigua casa de noble arquitectura— recibí el saludo del personal soviético que trabajaría conmigo. Todos ellos pertenecían a un organismo estatal conocido por UPDK, siglas que en ese entonces me dijeron muy poco, pero

que, al compás de los meses, iría comprobando las dimensiones de su importancia y el amplísimo espectro de su cobertura.

Organismo sin paralelo en nuestro sistema, tiene a su cargo la solución de todos los problemas previsibles del diplomático acreditado y su familia. Desde la provisión de billetes para tal o cual espectáculo, hasta el señalamiento de dentista o empleo de su sastre; de la reservación de hoteles, al arreglo de un caño de agua, no existe alternativa posible: o la citada oficina subsana la dificultad o ésta, —cualesquiera que sea— se queda sin resolver.

Así las cosas, eran cinco las personas que colaborarían conmigo. La cocinera llevaba ya seis años y había enriquecido su panoplia culinaria con varios platos que gustaban a la familia de mis antecesores, lo que garantizaba mis apetencias gastronómicas, sin comprometer mi ciclo vital.

Corría a cargo del cuidado del jardín un ingeniero eléctrico, encargado, además, de poner a punto la calefacción, complicado sistema que como la maquinaria de un viejo trasatlántico necesitaba más de maña que de fuerza. Era entre todos el decano y había visto desfilar numerosos embajadores.

Me interesaba mucho tratar a quien sería mi traductor, puesto que el desconocimiento del idioma ruso creaba con él una forzosa dependencia en todo lo relativo, no sólo a la prensa escrita sino a comentarios radiales y televisivos. Una noticia puede traducirse o transmitirse del más diverso modo, cuando con ello se persigue determinada finalidad. No tuve, por fortuna, motivo de queja.

Esperaba con marcada ilusión la pre-

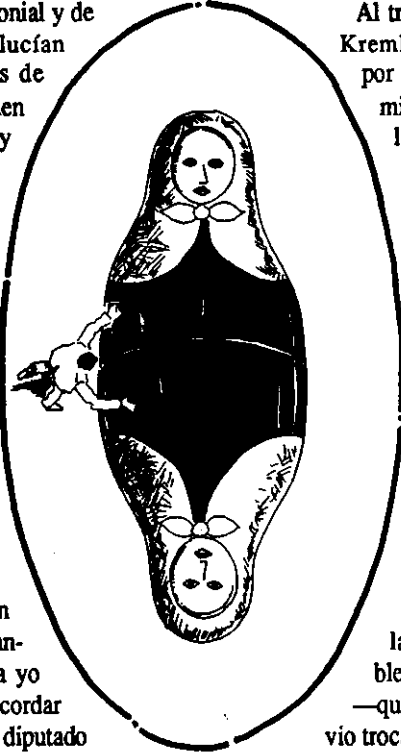
sentación de mis Cartas Credenciales. En todo lugar y circunstancias va revestida de solemnidad exterior y el protagonizarla es profundamente emotivo.

Mes de septiembre. Hacía buen tiempo. A las cuatro en punto, los magníficos "chaikas" y un ruidoso número de motocicletas arribaron a la sede.

Los jefes de ceremonial y de protocolo soviéticos lucían impecables uniformes de gala. No se corresponden estos con el bicornio y espadín, establecidos, si no recuerdo mal, por la Convención de Viena. Algo más austeros, me recordaban el de los almirantes o mariscales. De magnífico paño negro, con galeones dorados y muchas condecoraciones obtenidas, no sólo en lides diplomáticas sino en los campos de batalla, conformaban un conjunto de gran prestancia. (Al verlos sonreía yo para mis adentros al recordar el "infantilismo" de un diputado comunista de mi país, quien manifestó que acudiría en "mono de trabajo" si el Congreso recomendaba el uso de un traje de circunstancias para la solemne sesión en la que el Presidente de la República rinde su informe sobre el estado de la Nación)...

El rápido recorrido de los 10 kilóme-

tros, más o menos, que separan la residencia de la Embajada del Ecuador de las puertas del Kremlin, permitía ver, no obstante, el interés de las gentes, las mismas que intentaban la identificación del país por los colores de la Bandera Nacional, que junto a la de la hoz y el martillo, engalanaba los coches.



Al trasponer los portones del Kremlin, —la fortaleza rusa por antonomasia— donde se mide el pulso actual de por lo menos la mitad del mundo, identificada por la creencia común en una doctrina que conlleva el compromiso irrenunciable de acción política, se recorre vertiginosamente hacia atrás la Historia de un gran conglomerado nacional: el de la Santa Rusia. De la Revolución de 1917 —con 70 años de diario quehacer en función de sus postulados—, a Iván El Terrible, pasando por Bonaparte, —quien, desde estos bastiones vio trocarse en humo su sueño de dominación universal— hasta las biografías, a veces espeluznantes, a veces grandiosas, pero casi siempre trágicas, de los Romanov...

Acto seguido acometí la tarea —en ocasiones tediosa— de las visitas protocolarias, menester que lleva tiempo, pero que es necesario. Se nota que cobra fuerza la

tendencia a suprimirlas de facto. Grave error, —a mi juicio— puesto que, sobre todo en las grandes capitales —con numerosísimas misiones— ese contacto de pocos minutos constituye la mejor manera de saber quién es quién en el tablero del Cuerpo Diplomático, rescatándolo de la amenaza de impersonalidad.

La inicié, pues, por el Decano, en estricto orden de antigüedad, limitándome a los representantes de Estados, con los que Ecuador mantiene vinculaciones.

Me fue grato comprobar que los acreditados en Moscú, casi sin excepción, tenían el respaldo de un currículum excepcional en doble aspecto: largo recorrido por misiones importantísimas y notable palmarés de actividad política e intelectual.

A los pocos días de haber visitado al Embajador de Francia, por ejemplo, éste era llamado por el Eliseo, a ponerse al frente del Quai D'Orsay, en los complejos momentos iniciales de la cohabitación. De modo que, del café que me ofreciera en el soberbio palacio de su residencia —la muestra más bella, a mi gusto, de la arquitectura rusa tradicional— pasé casi sin transición a su despedida, a la que —dado el apremio del retorno— apenas sí se tuvo tiempo de invitarnos telefónicamente.

Latinoamérica, por fortuna, ostenta en la actualidad un núcleo de representantes señeros. Han sido ministros, subsecretarios, diputados, senadores. Se perfilan incluso candidatos presidenciales. Esto les permite estar a la altura de grandes responsabilidades.

Como en pocos lugares, aquí en Moscú, la información política reviste especial

complejidad. No se puede salir del paso con unas líneas de rutina y el correspondiente recorte periodístico. Hay que analizarla, procesarla con máximo cuidado, lo cual requiere que el enviado diplomático posea conocimientos nada desdeñables de Economía, Organismos Internacionales, Filosofía, Ciencia del Estado y sobre todo Historia, sin cuya ayuda los fenómenos que se producen en el entorno, apenas sí tienen explicación.

Proseguí, luego, a los contactos oficiales con los diversos órganos del Estado soviético. Arrojan un balance de posibilidades —todavía embrionario— que era preciso incrementar.

Las dos partes concedíamos atención preferente a los asuntos culturales, intercambio estudiantil y a las cuestiones mercantiles, estas últimas azas insuficientes.

Casi sin excepción, el trato con los funcionarios de los Ministerios correspondientes fue siempre cordial y fluido. A veces, empero, ciertos engranajes de la burocracia soviética se atascaban, provocando situaciones difíciles, susceptibles de poner en riesgo, incluso los programas culturales.

Tal ocurrió con la muestra pictórica de Eduardo Kingman. A este gran maestro de la plástica nacional, se le conocía en la URSS menos que a otros, en ningún caso mejores. Introdutor del realismo social en la pintura ecuatoriana, queríamos que, al menos el público de Moscú y el de Berlín Oriental, aquilatasen la excelencia de sus lienzos.

Todo listo y de pronto estalla la dificultad: los contenedores de apreciable tamaño, no venían dirigidos al Ministerio

de Cultura de la URSS, sino a la Embajada.

Si bien es verdad que esta falla de origen, así como la desmesura de aquellos, era imputable al Departamento Cultural de la Cancillería ecuatoriana,^(*) también es cierto que se podía dar al caso un tratamiento de equidad. No ocurrió así. La sección aduana del aeropuerto Shermetievo 2, señaló una cifra enorme para liberarlos. Nada pudieron frente a tal cerrazón las instancias a las que acudimos, hasta agotarlas, tanto funcionarios de la Embajada de la RDA, como yo. Cuando al fin, ya muy tarde, nos disponíamos a remitirlos, vía aérea a Berlín, los contenedores no entraban por las puertas del tipo de aviones señalados para el efecto.

El vía crucis recomenzó y la exposición no pudo presentarse en la capital de Alemania Democrática.

Comprendí, entonces, cuánta razón tiene el señor Mijail Gorbachov al incluir en su "Perestroika" —como imperativo categórico— la reestructuración de tales o cuales segmentos burocráticos, sin excluir en éstos, la prosecución de un cambio, no solo de estilo, sino de mentalidad.

La presencia de más o menos quinientos estudiantes ecuatorianos en la URSS, determina una relación casi cotidiana con el Ministerio de Educación. El cincuenta por ciento de aquellos residen en Moscú.

En los últimos años —según he sabido— se ha elevado el "pensum" de los centros donde se preparan, así como la

disciplina, tan necesaria en ciertas latitudes latinoamericanas, donde con frecuencia se confunde libertad con libertinaje. Las situaciones creadas son ya conocidas: pugna no siempre justificada por cambio de ciudad o de especialidad; bajo rendimiento en algunos casos, y, en otros, por cierto, menos frecuentes, deserciones provocadas por el rigor del clima o la saludable exigencia de un esfuerzo estudiantil sostenido. Las personas encargadas de solucionar esta clase de problemas han actuado casi siempre con ponderación, es de justicia reconocerlo.

Varias entidades dedicadas al más noble de los menesteres: el de la cultura, coadyuvan eficazmente con las Secretarías de Estado ya mencionadas. Entre los que tienen a su cargo los países hispano parlantes merecen grata mención: "La Casa de la Amistad", atenta siempre a las efemérides nacionales para conmemorarlas.

El Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias, cuyo órgano, la revista "América Latina", por su presentación y contenido, es cada vez más solicitada dentro y fuera de la URSS.

"Novedades de Moscú", semanario editado en los idiomas de mayor difusión, —también, por lo tanto, en castellano— marca en cierta medida el ritmo de la "perestroika" y la "glasnost", en el campo periodístico.

No se podría cerrar esta somera enumeración sin citar, al menos, a "Tiempo Nuevos" cuyo título anuncia su vocación aperturista.

(*) 1988.

El indiscutible magisterio que por la sugestión y actualidad de sus artículos, sumado al prestigio de los exponentes soviéticos que escriben en ella, apenas sí podría recibir mejor reconocimiento que la mención de su nombre. Me refiero a la publicación especializada "International Affairs". En esta, al igual que en las demás, los diplomáticos hemos tenido, en todo momento, cordial acogida; unas veces invitados a colaborar y otras compelidos a formular alguna rectificación.

Se da por descontado que las misiones diplomáticas y el ministerio de Relaciones Exteriores tienen contactos sumamente frecuentes.

El Departamento de América Latina, canaliza, —por así decirlo— los planteamientos de nuestra parte, sin perjuicio de acudir a su lado, ésta u otra sección cualquiera del "MID" citaba al funcionario diplomático a intercambiar puntos de vista sobre tal o cual asunto, cuando era del caso. Este tipo de diálogos no siempre son fáciles, conllevan a veces, el criterio contrapuesto de dos Estados, esto es, de dos expresiones soberanas. Pero en algo más de dos años que llevo al frente de la Embajada ecuatoriana, no he tenido reparo alguno sobre la corrección con que aquellos decurrieron.

Al frente del Departamento de Protocolo encontrábase un Embajador importante, que por haber servido en algunos países latinoamericanos conoce bastante bien la idiosincrasia de sus gentes. Corre a su cargo el ceremonial del Estado, tarea de gran complejidad, dado el dinamismo cada vez más intenso de la diplomacia soviética.

Es raro el día, en efecto, en que no venga a Moscú una personalidad de relieve: Reyes, Jefes de Estado y de Gobierno, parlamentarios, ministros, etc., etc., figuran en su agenda cada vez más recargada. No obstante, los funcionarios del ramo, se dan modos para organizar visitas a lugares interesantes de la ciudad o su contorno y frecuentes excursiones dentro del vasto territorio nacional.

De las tantas en las que participé, destaco —por lo que tuvieron para mí de vivencias inéditas— el viaje al Lago Baikal, al final de verano y una cacería en Zavidovo, en pleno invierno.

El recorrido en avión, desde Moscú, hasta Irkutsk, ocupaba tantas horas como desplazarse a Madrid. Y allí comenzaba recién la imponente "taiga" reserva de bosques naturales, junto a la cual la gigantesca Amazonía, se mostraría tímida, por su pequeñez.

El bosque ondula y se extiende sin confines. Días, por aire, tren, autobús, barco y la "taiga" continúa interminable.

Imagínese la riqueza en madera, pieles, animales, etc., etc., para no hablar de su subsuelo, que esta descomunal reserva natural atesora. Después, creo que viene Siberia —ya había perdido yo la orientación geográfica—, en la entraña de un país, casi dos veces y medio más extenso que los Estados Unidos.

En Zavidovo, primera Navidad que pasaba en la URSS, se nos invitó a una cacería. No fueron, en esta oportunidad, mis colegas hispano parlantes. Recuerdo a los Embajadores de Egipto y de la India.

La víspera encendíanse grandes fogatas y se cantaba en torno de ellas. El frío

era intenso, se hablaba de veinticinco grados bajo cero. Junto al fuego, tentaba frecuentemente a mi amigo de Guinea Ecuatorial con unos cuantos "tragos" más o menos clandestinos...

Al día siguiente, luego de desayunar, se nos equipó con unas botas de fieltro, que había que calzar luego de envueltos pies y piernas con unas bandas de tela afranelada. Guantes, la utilísima "shapka" y una pelliza larga, especial para esta clase de eventos, completaban nuestro atuendo de pioneros improvisados.

Había que llegar a unas torres de madera erigidas en un claro del bosque. El trayecto no era largo, pero la respiración parecía congelarse y las lágrimas se solidificaban.

En el fondo, en el horizonte, más que verse, se presentía al río Volga, convertido en una cinta de plata. Los rayos de un sol tenue, añadían destellos de oro viejo al paisaje cristalizado.

De pronto sonaron las voces, todavía lejanas, de los ojeadores, que empujaban

la caza hacia nuestros apostaderos. Quise aprestar mi escopeta, pero las manos no me respondieron. Solicité, entonces, el auxilio del médico que acompañaba a cada uno de los cazadores primerizos. Me ofreció un largo trago del mágico vodka, panacea universal para el cuerpo y el alma de los rusos...

Sonaron disparos. Apreté yo también el gatillo pero fallé. Cercano resonó un grito de triunfo: uno de los jóvenes adscritos al protocolo había cobrado. Se trataba de un ciervo corpulento de arbolada cornamenta. De su nariz goteaba sangre sobre la nieve purísima. Diríase sarta de rubíes sobre terciopelo blanco...

Casi inviernos ya, de una experiencia a todas luces enriquecedora.

Habría de sonar, como siempre inexorable la hora de la partida en el reloj de nuestra trashumante profesión. Pero en el recuerdo, con caracteres fuertes —como lo es el temple acerado y recio del pueblo soviético—, queda ya grabada para siempre mi misión en Moscú: reto y privilegio.